

EL HILO DE LA VIRGEN.



SEGUNDA SERIE.—1864.

AÑO XXII. 13

LEYENDA.

La araña era una hada.

PERRAULT.

—¿Padre, vienen del paraíso?

—Sí, hija mía, amor de mi vida; esos hilos de plata que en los hermosos días de la primavera y del otoño flotan en el aire á merced de las caprichosas brisas, dibujando blancos festones sobre el bendito azul del cielo, caen y se desprenden de la rueca de la Santa Virgen María.

—Cuéntame esa historia, padre mío.

I.

—Había en otro tiempo un baron borgoñés llamado Rogerio de la Noche.

Rogerio tenía diez y siete años. Habían muerto su padre y su madre. Era hermoso, muy noble y tan rico como el rey.

Era su tutor un santo monje de Illiers de los Arcos, don Beltran, y le dirigía y acompañaba, empero don Beltran era anciano y Rogerio se adelantaba siempre á su guía.

II.

No había en toda la Borgoña tan célebre por sus vinos, una muchacha mas linda que Francisca. Tenía quince años y era un capullo de rosa. Estaba mirando por la ventana de su casita las viñas de su majuelo con ojos mas límpidos que el cristal. Estaba hilando un lino mas fino que sus rubios cabellos.

Los pajarillos aprendieron sus dulces cantinelas.

III.

El baron Rogerio tenía negras pupilas y apenas le apuntaba sobre los labios el bozo. Un día que muy alegre volvía de la caza, vió en su ventana á Francisca y la escuchó sus cántigas.

El baron Rogerio cambió de alegría, porque hay dos clases de esta: la que hace reír y la que hace meditar.

IV.

Francisca reía, Francisca meditaba segun el viento que sopla en el oído de las muchachas. Parecíase á las avejillas del cielo que cantan con toda su alma....

—Padre, ¿tienen acaso alma los pajaritos?

—Sí, hija mía, y las flores; también las melodías de las aves, y los perfumes de las flores se exhalan cual la oración, perfume y melodía de nuestras almas.

Francisca, como el baron Rogerio, era también huérfana de padre y madre.

La pobrecilla no tenía mas sobre la tierra que sus ojos azules y sus rubios cabellos.

V.

A la mañana siguiente cogió el baron Rogerio su venablo

de caza. Había visto en sueños toda la forma de Francisca, sus rubios cabellos y sus azules ojos.

Esta vez se adelantó mucho dejando atrás al monje, tanto que don Beltran perdido en las viñas, preguntaba á todos el camino.

—¡Rogerio! ¡Rogerio! gritaba apresurando en vano el paso.

Rogerio se hallaba ya á la puerta de la casita. Gritaba también diciendo muy dulcemente:

—¡Francisca! ¡Francisca!

VI.

Francisca no era sorda, oía muy bien.

No le abrió sin embargo, porque tenía miedo.

Temblando se sonreía, porque el baron Rogerio era jóven y buen mozo, y era su señor.

VII.

—¡Francisca! ¡Francisca!

Esos señores son impacientes, hija. El venablo del baron sirvió para hacer saltar la débil puerta que se abrió enteramente....

—¿Y entró el baron Rogerio?

—No por cierto, hija mía.

—¿Era, pues, Francisca muy piadosa, muy piadosa?....

VIII.

—Muy piadosa á la verdad, pero es que había al través de la puerta un hilo, un largo hilo blanco de plata que flotaba en el viento, un hilo de la Virgen.

—Padre, pero eso no le impediría el entrar.

—Sin embargo, Rogerio se detuvo y miró el inmenso hilo revolotear sin cesar hasta perderse de vista.

IX.

Y el buen monje tuvo tiempo para llegar, jadeando, cubierto de sudor y gritando siempre: ¡Rogerio! ¡Rogerio!

Llevaba de la mano la otra parte del largo hilo que le había guiado en el laberinto del sendero.

—¿Piensas tú, hija mía, que si no fuera por algo hilaria la Virgen?

X.

Sonrióse el buen monje á la vista del baron Rogerio.

—Señor, le dijo; ahora ya podeis entrar

Encarnada Francisca cual una cereza madura, trajo dos escudillas con leche.

—Si vieses cuan bella estaba!

El buen monje le dijo á su pupilo.

—Señor, el rico debe respetar al pobre!

XI.

Pensaba para sí el baron Rogerio.

—El pobre soy yo.

Tan rica encontraba á Francisca con sus ojos azules y sus rubios cabellos.

XII.

Y al volverse por el camino, el bueno del monje le contaba:

—Monseñor, Genoveva hilaba en los campos de Nanterre, no lejos de París, la gran ciudad.

Atila, el azote de Dios, quiso pasar, empero no pudo.

París se salvó por el hilo de la Virgen. Pensad esto, señor.

El baron Rogerio pensaba en los azulados ojos de Francisca.

XIII.

—Monseñor, en el país de Donremy Juana hilaba.

El inglés, azote de los hombres, trataba de apoderarse del corazón de la Francia para arrancárselo.

Juana arrojó al inglés. El hilo de la Virgen salvó la Francia.

En Francisca pensaba el baron Rogerio. ¡En los rubios cabellos de Francisca!

XIV.

En aquella hora, con los ojos bajos jugueteaba Francisca con el hilo de plata.

Arrodillóse delante de la imagen de la Santísima Virgen y murmuró:

—Os doy gracias, mi divina Madre. ¿Pero volverá?

XV.

—Vos que todo lo sabeis, don Beltran, mi tutor, le preguntó el baron Roger, ¿es verdad la historia de aquel rey que se casó con una pastora?

Don Beltran respondió:

—No, es una fábula.

Rogerio se quedó muy triste y el buen monje añadió:

—Pues bien, es verdad, empero aquel rey era mayor de edad.

XVI.

El baron Rogerio fué mayor de edad al cabo de algun tiempo y en una mañana de mayo las campanas de Iliers de los Arcos tocaban á boda.

Francisca llevaba la corona blanca de los novios sobre sus cabellos de oro, y en sus azulados ojos todos los diamantes de la sonrisa.

XVII.

—Señora baronesa, ¿os acordais del golpe del venablo que derribó la puerta de vuestra casita? Lo que entonces me impidió entrar debe en lo sucesivo impedirme el salir. Vos sois el corazón de mi casa. Cuando el corazón se va queda la casa muerta.

El buen monje se estuvo todo un día hablando é hizo bien.

—¡Virgen María, hilad lo bastante para librar de penas á nuestros jóvenes!

XVIII.

Ya nadie se acordaba de la luna de miel. Hacía años que don Beltran descansaba en el cementerio.

El baron y la baronesa no tenían hijos. El baron se alejaba mucho de su casa en cacerías y la baronesa sola lloraba mucho en la casa.

XIX.

Un día vinieron gentes de la vecindad á visitar á Francisca y la dijeron:

—¿Cómo os deja así sola el baron?

Los vecinos son muchas veces malos y chismosos.

Francisca les respondió.—Mi Rogerio está de caza.

Y las gentes de la ciudad se la echaron á reir.

—¡De caza, eh! ¡de caza! ¡Buena está la caza!

XX.

A la media noche Francisca se echó un abrigo sobre su trémulas espaldas.

¿A dónde iba? Dios lo sabe. La cólera es muy mal consejero.

Abrióse la puerta, rechinando tristemente. El pié de Francisca tocó la piedra del suelo.

XXI.

Pasada una vez aquella puerta, volvía, hija mia, á cerrarse para siempre.

Una ligera gasa, un vaporoso tejido se mecía pendiente del techo y vino á rozar en la frente de Francisca.

—¡Virgen Santa! ¡Virgen Santa!

Y Francisca volvió rápidamente á entrar en su casa, sonriéndose en medio de sus lágrimas.

XXII.

¡Ojalá la Virgen Santa hile lo bastante para proteger á todas las familias!

—Y mira, hija mia, aquí tienes un hilo de la Virgen que acaricia tu frente.

Repara la otra parte perdida en el azul del cielo; aun cuelga de la ruca de la Reina de los Angeles.

XXIII.

—¿Pero en qué pararon, padre mio, el baron y la baronesa Francisca?

XXIV.

Por la ventana abierta de su castillo en una noche de otoño en que Francisca estaba tomando el fresco entró uno de los plateados hilos, y fué á posarse en la frente angelical de un hermoso niño que dormía en una rica y torneada cuna.

El hilo de la Virgen flotando desde la cabeza del niño, envolvió á la madre y al padre que se hallaban allí y enlazó sus corazones.

Rogerio, Francisca y el niño, no hacen mas que una sola alma que se llama la FAMILIA.

BEATRICE CENCI.

LEYENDA.

En el siglo XVI los italianos, llevados en alas de su genio, cultivaban con esmero las ciencias, las letras y las artes; pero á pesar de que un destello divino inflamaba su pecho, inspirándoles elevadas concepciones, y recordándoles á cada paso la grandeza de su origen y el resplandor de sus ilustres antepasados, muchas bárbaras instituciones, que habían echado raíces muy hondas por obra de los godos y otros pueblos septentrionales, hacían azarosa su existencia, y perturbaban la tranquilidad de las ciudades mas populosas de la hermosa Italia.

Los señores feudales gozaban aun de fueros y privilegios, que les habían transmitido sus progenitores y mantenían á su sueldo bandoleros, sicarios y asesinos, prontos á perpetrar toda especie de crímenes y á acometer á los ciudadanos indefensos y pacíficos, para satisfacer las pasiones ruines y las venganzas del señor, que les escudaba con su prepotente patrocinio, como no lo ignoran los que han recorrido las crónicas de aquel tiempo y la preciosa novela de Alejandro Manzoni: *I Promessi sposi*.

Sisto V, que desde el fondo de su humilde choza supo elevarse hasta el Capitolio, ciniendo sus sienes con la tiara, cuyo poder abrazaba entonces el orbe entero; este varón preclaro, este pontífice de renombre imperecedero, apenas sentado en la silla del príncipe de los apóstoles, abrasado de celo y amor á la justicia, concibió el noble proyecto de poner coto á la avilantez, á la tiranía y al poder brutal de los patricios romanos, que por conducto de sus infames satélites perpetraban enormes delitos.

Queriendo, pues, aquel pontífice dar un escarmiento terrible á los señores feudales que abusaban tan torpemente de su elevada posición, les hizo notificar que se trasladasen á su régia morada en un día determinado y á la misma hora, insinuándoles que debía conferenciar con ellos sobre asuntos muy urgentes que atañían al bien del Estado. Aquellos altos personajes acudieron solícitamente á la intimación de su soberano, que les recibió con semblante muy severo y les habló en esta forma: «Vuestra desenfrenada tiranía y la maldad de vuestros fieles servidores acosan miserablemente los Estados de la Iglesia; vosotros hollais todos los derechos humanos y divinos, pero el imperio de las leyes bajo mi reinado será mas fuerte, mas sólido y duradero que vuestra tiranía, y para que conozcaís que estas palabras no son amenazas vanas ó una jactancia pueril, mirad hácia lo alto de las ventanas de este palacio.»

La ira y el encono de aquellos patricios, al oír el breve, pero tremendo discurso del pontífice, se convirtió en espanto y horror, cuando al levantar los ojos columbraron al través de los cristales á los ministros de su iniquidad colgados de unas horcas elevadas sobre los tejados de las casas que estaban enfrente del palacio de Sisto V.

El papa, mirando entonces con torvo ceño á aquellos personajes, que estaban aun en su derredor, y que con cara demudada y los ojos fijos en el suelo, no osaban pronunciar ni una sola palabra, añadió en tono de cólera: «Acor-

daos de este espectáculo que habeis presenciado y no me provoquéis á mostráros mañana otro mas terrible (1).»

El acierto de las resoluciones soberanas del pontífice, la firmeza, la incorruptibilidad, el rigor de los ministros de justicia bajo su gobierno, ahogaron la tiranía de los patricios romanos. Pero el reinado de Sisto fué muy corto, y este esclarecido varón no pudo llevar á cabo sus vastos designios, ni cortar de raíz los desmedidos privilegios y torpes abusos que enaltecían el orgullo de los patricios; los cuales, después de su muerte, volvieron á levantar la cabeza como una serpiente asquerosa en cuyas venas infunden un nuevo calor los ardientes rayos del sol, tan luego como se disipan las nubes que han oscurecido el cielo durante el invierno. Así es, que en la época á que se refiere la funesta historia que vamos á escribir, había vuelto á germinar la mala semilla de malhechores y asesinos, pensionados por los señores feudales del Estado romano, entre los cuales sobrepujaba, tanto por su riqueza, por su larga clientela y noble alcurnia, como por su violencia, por su altivez y repugnantes crímenes, Francisco Cenci, padre de la desventurada Beatrice.

Su rostro pálido y descarnado, sus ojos hundidos y fruncidas cejas, sus miradas torvas y malignas, su talle delgado, sus pasos tardos y lentos, hacían traslucir su alma páfida y amancillada de terribles y horrendos crímenes. Este hombre, que parecía el hijo primogénito del pecado, y que hollaba todos los derechos humanos y divinos; este hombre, que escarnecía los afectos mas tiernos, que la naturaleza ha estampado en nuestros corazones, y que había sido el asesino de su jóven esposa, cortándole el hilo dorado de la vida en el abril de sus años con un brebaje venenoso, prendado de la hermosura y de las gracias seductoras de Lucrecia Petroni, noble matrona romana, quería cautivarse á toda costa su amor. Pero ésta rechazó con desden las bajas lisonjas de

(1) Uno de los hechos mas memorables, y que pone de manifiesto la firmeza de carácter y el amor á la justicia de Sisto V, es el que vamos á narrar, entresacado de la vida de este gran pontífice, escrita por Gregorio Leti.

Un caballero romano robó una doncella; los padres de ésta última le perdonaron, sabiendo que se ofrecía voluntariamente á enlazarse con ella. Pero se necesitaba el perdón del papa para la celebración del himeneo, porque las leyes contra los raptos eran muy severas. Se presentaron, pues, á Sisto los padres y le rogaron que indultara al que debía ser su yerno. El papa contestó, que no podía conceder legalmente la gracia sin el consentimiento del gobernador de Roma, y que volviesen dentro de pocos días á su palacio, en donde encontrarían al gobernador. En tanto, mandó significarle con mucho secreto que tenía que conferenciar con él acerca de un negocio de mucha trascendencia. Tan luego como se presentó el gobernador, le dijo todo lo ocurrido, y añadió que al día siguiente volviese á su palacio en donde estarían tambien los padres del raptor, y que cuando él le preguntara si era conveniente agraciarse, contestase que no lo juzgaba oportuno y conforme á las reglas de la sana justicia. Convenido todo en estos términos, mandó significar á los interesados, que les esperaba, indicándoles el día y la hora. Cuando se presentaron y solicitaron nuevamente la gracia, Sisto, dirigiéndose al gobernador, le dijo:—¿Le parece á vd. conveniente indultar á un hombre que ha hollado con tanta violencia las leyes?—El gobernador contestó:—Santidad, sería un mal ejemplo y un escándalo.—Muy bien, replicó el papa, y luego añadió, mirando con fiereza á los padres de la doncella: yo me atengo á lo que dice el gobernador, y condeno á siete años de presidio al que ha perpetrado el crimen, se casará después de haber pagado su culpa.

Francisco Cenci, conociendo que nacian de afectos caprichosos é impuros. El candor de su alma y la honestidad, que habia sabido conservar sin mancha en los años de su viudez, quitaban á Cenci toda esperanza de lograr sus deseos: la brindó, pues, con las promesas lisonjeras del himeneo, confirmandolas con repetidos agasajos y ricos dones. La Petroni, aunque no se habia mostrado muy propensa á aquel nuevo enlace, no tuvo bastante fuerza para rechazar con obstinacion los halagos que trae consigo la opulencia, el fausto y la pompa, y cedió por último á los impulsos de una ambiciosa vanidad, pasion terrible, que ejerce en el mundo su imperio y encuentra siempre firme apoyo en el corazon de toda mujer, por altas que sean sus virtudes y sus afectos candorosos y nobles.

Ufano Francisco Cenci de haber ablandado á una mujer tan esquiva, apresuró sus bodas, que se celebraron en uno de sus mejores palacios de Roma. Pendian allí de las paredes pomposas y ricas colgaduras de varios y deslumbrantes colores, que reflejaban imágenes históricas y mitológicas de dioses antiguos y grandes héroes, á la luz brillante que despedian arañas de reluciente cristal, adornadas de zafiros y esmeraldas. Se veian allí los retratos de los mas ilustres varones que habian pertenecido á la familia Cenci, y la fama de cuyos hechos habia sido transmitida á la posteridad. En uno de los costados de la espaciosa sala se presentaba á la vista el retrato de un guerrero con su cota de malla y vestido todo de hierro, que llevaba en su pecho el signo de nuestra redencion, para dar á conocer que habia atravesado en tiempos muy remotos los desiertos arenosos y abrasados del Asia peleando contra los infieles para reconquistar los Santos lugares. Estaba mas allá el retrato de un hombre envuelto en una larga toga, y que teniendo en su mano un papel escrito, parecia mirar con fruncidas cejas á algun interesado en un gran pleito y decirle: *Peremos*. Se veia al lado opuesto el retrato de un hombre, cuyo semblante muy severo y cuyos hábitos indicaban que habia tenido el alto honor de pertenecer al número de los príncipes de la Iglesia. No muy lejos se veian los retratos de dos guerreros que llevaban con fiero ademan y mucha arrogancia dos largos pendones, desplegados al viento, y cuyos colores daban á entender que habian capitaneado en la edad media á las facciones de los blancos y de los negros, que sacudieron hasta en sus cimientos la libertad de Italia. En el fondo de la sala y en última lontananza, estaban los retratos de Francisco y Lucrecia al pié de un altar, y entrambos parecian prontos á proferir el juramento solemne delante del sagrado ministro, cuya bendicion esperaban.

Pero tanta alegría se trocó muy luego en tristeza y acerbó dolor. Francisco Cenci, despues de haber satisfecho su orgullo, su vanidad y sus deseos, dividiendo el tálamo con Lucrecia Petroni, volvió á sus hábitos antiguos, y desplegó toda la fuerza de su tiranía y la ferocidad de su alma contra su nueva y tierna esposa. Sus hijos Jacobo, Bernardo y *Beatrice*, que habian mirado con regocijo aquel himeneo, alimentando la placentera esperanza de que la honesta matrona amansára con su dulzura y la pureza de sus costumbres, la índole perversa de un padre tan crudo, se encontraron sumidos en nuevas y terribles calamidades, y en vez de tener un alivio, desahogando sus pasadas desdichas en el seno de una madrastra cariñosa, se vieron en el duro trance de mezclar sus lágrimas amargas con el llanto que

vertia la nueva víctima caída bajo el yugo de un hombre, cuyo corazon no latia mas que para la ira, el encono y la venganza.

Francisco Cenci, abandonando la ciudad de Roma, se trasladó con sus hijos y Lucrecia á un viejo castillo, que en tiempos remotos habia sido morada de sus antepasados, y en donde residian á la sazón bandoleros y asesinos, que eran ministros de sus iniquidades. El silencio y la soledad de un campo desierto, las murallas de aquel castillo ennegrecido por los años, el largo foso que le rodeaba, sus ventanas estrechas y ahumadas, sus almenas góticas y todo el conjunto de su arquitectura, le daban un aire de tristeza y terror. Al mirarlo desde lejos, creeria el viajero que moraban allí espíritus malignos, y que por la noche se celebraban en sus alrededores los infames misterios que las leyendas de la edad media atribuyen al sábadó de las brujas. Francisco Cenci, que tenia encerrados en cuevas oscuras y hediondas á sus hijos y á su nueva esposa, les escaseaba cada dia mas los alimentos, y dejándoles muchas veces bajo la vigilancia de sus viles satélites, se alejaba por algunas semanas de aquella mansión de infamia y horror, vagando solo y triste por los campos desiertos, acompañado de un enorme perro, que no era para él un símbolo de fidelidad y amor, sino el emblema de su rabia maligna y feroz!

Aquellas victimas exasperadas se determinaron á abreviar los dias de su tirano; y Lucrecia Petroni, á la idea acosadora de sus ofensas y del encono profundo contra Cenci por los ultrajes con que agobiaba á sus hijos, añadia tambien sospechas terribles de que fuesen para *Beatrice* un don funesto de la naturaleza, y causa de perpétuo deshonor su hermosura, sus encantos, su inocencia, su candor virginal, porque Francisco, hombre de alma corrompida, no estaba muy ageno de hollar con infamia las leyes humanas y divinas, atentando al pudor de su propia hija. Dominados, pues, los hermanos y Lucrecia por el pensamiento de un parricidio, lo revelaron á *Beatrice*; pero aquella niña angelical, pálida, descarnada y temblorosa por sus largos sufrimientos, nada comprendió del proyecto terrible, nada de la perpetracion del crimen que se premeditaba, y bajando los ojos sin pronunciar ni una sola palabra, prorumpió en lágrimas acompañadas de sollozos y lamentos. Jacobo, Bernardo y Lucrecia, ensañados aun mas á la vista de un espectáculo tan desgarrador, y creyendo á *Beatrice* casi fuera de juicio y próxima á su hora estrema, convinieron en apresurar el golpe fatal, consumando el horroroso crimen.

Uno de los malvados á quien Francisco Cenci habia confiado la custodia de las victimas desventuradas, conmovido de su suerte lastimosa, las habia manifestado afectos muy piadosos. Le comunicaron, pues, su pensamiento, y para animarle á ejecutarlo, le prometieron ricos dones, y le prodigaron de antemano muchas monedas de oro, que tenian guardadas en largas fajas, que llevaban bajo sus vestidos. El sicario, codicioso de adquirir riquezas; pero avezado por el trascurso de una multitud de años á mirar con respeto y sumision profunda á Francisco Cenci, se quedó suspenso y mudo por largo rato, cuando Jacobo, Bernardo y Lucrecia, jurándole que aquel hecho tremendo no seria nunca revelado, y rogándole calorosamente con los ojos empapados en lágrimas, redoblaron sus largas promesas hasta vencer su resistencia. Logrado el consentimiento, que tanto anhelaban, Lucrecia Petroni y los hermanos convinieron en que el

ministro de su venganza, penetraría favorecido por el silencio y las tinieblas de la noche, en la habitación en donde Cenci acallaba sus remordimientos entregándose al sueño; que, encontrándole indefenso y solo, le traspasara con un largo clavo las sienes, que trasladara su cadáver al jardín del castillo, introduciendo en las sienes heridas por el instrumento homicida, el ramo de una alta higuera, que estaba bajo la ventana de su dormitorio, y que le atravesara, por último, con otro ramo del árbol mismo el vientre, para que al día siguiente pudieran propalar, afectando sorpresa y dolor, que Francisco Cenci, por funesto caso ó de intento, se había abalanzado desde la ventana de su habitación, suicidándose miserablemente.

Había estendido la noche su negro velo sobre todo lo creado, y la soledad profunda interrumpida por el graznar de las fatídicas aves nocturnas, que revoloteaban en derredor del viejo edificio, acrecentaba el horror de las tinieblas, cuando el sicario, aunque muy agitado y despavorido, entra en el aposento de Francisco Cenci, y se acerca hasta su lecho, ya avanzando lentamente y paso á paso, ya arredrán dose estremecido de terror. Pero descubriendo á la luz de una lámpara á Francisco inerme y sepultado en el sueño, y que se ofrece víctima involuntaria á la traición del que quisiera atentar contra su vida, sobrecogido de la idea terrible de un parricidio, huye precipitadamente, y volviendo á donde estaba la Petroni y los hijos, con cara demudada y voz temblorosa, les dice, que arrepentido de su resolución, tenía mucha repugnancia en perpetrar un crimen tan alevoso. Aquellos, amedrentados de que se descubriera su plan, y ciegos de furor, apostrofaron ignominiosamente al que habían destinado para instrumento de su venganza, y le llamaron vil y cobarde. Pero después, pidiéndole perdón, le recordaron entre sollozos y gemidos su desventurada situación, y le ofrecieron gran parte de los tesoros de Cenci, obligándole de esta manera á la perpetración del crimen y á satisfacer sus deseos. El sicario, endurecido en los delitos, suponiendo que una obstinada resistencia pudiera dar margen á que se le creyese falto de valor, vuelve al aposento de Francisco Cenci, sin protestar más, y ejecuta el proyectado parricidio.

Al despuntar el alba se encontró el cadáver de la víctima, que colgaba de las ramas de la infausta higuera tan desfigurado y negro como el vendedor de Cristo; y la gente, aterrada al mirarle, recordaba con estremecimiento los vicios que amancillaban el alma de Francisco Cenci, y atribuían su muerte á la cólera y venganza del Hacedor Supremo. Lucrecia, Jacobo y Bernardo, compadeciendo con fingido dolor é hipocresía un suceso tan funesto, dejaron al cabo de pocos días el castillo, y volvieron á su palacio de Roma llenos de contento, y llevando consigo á la desdichada *Beatrice*, cuyo corazón, oprimido por las pasadas desventuras, le vaticinaba nuevas y terribles desgracias, á pesar de que su alma pura no había participado del crimen alevoso, que acababa de quitar del mundo á Francisco Cenci. Pero Lucrecia y los hijos esperaban que se perdería toda traza del parricidio, por haberse trasladado á Nápoles el asesino, á quien habían colmado de dones: cuando uno de aquellos acontecimientos, á que no alcanza la humana previsión, disipó todas sus esperanzas y acarreó su última ruina.

El sicario, instrumento del crimen, llegado al cabo de un año á su hora extrema, y afligido por remordimientos aco-

sadores, reveló en su agonía el parricidio cometido para que se publicara tres días después de su muerte. Trasmítida aquella noticia á Roma, Clemente VIII, que ocupaba entonces la silla apostólica, estremecido de horror, mandó encerrar la familia Cenci, sujetándola á los tribunales para que indagaran todos los pormenores de aquel terrible acontecimiento, y fallaran sin retardo según el rigor de las leyes.

Lucrecia Petroni, Jacobo y Bernardo, negaron con arrojo el crimen que se les imputaba; pero la infortunada *Beatrice*, derramando lágrimas, invocaba al cielo en testimonio de su inocencia. Entonces fué cuando Ulises Moscati, destinado á la sustanciación del proceso, mandó torturar á los acusados; los cuales, no teniendo fuerza bastante para sufrir el tormento, confesaron su delito, á excepción de la desdichada *Beatrice*, que, lejos de manchar su alma pura con una mentira, que la declararía criminal y parricida, arrostró con valor y entereza el tormento, proclamando su inocencia en medio de los dolores más atroces y el dislocamiento de sus miembros tiernos y delicados. Pero la alevosía del crimen, y la firme resolución del pontífice, que quería que se castigara á toda costa según el rigor de las leyes á los autores del parricidio, hicieron que el juez sometiera nuevamente al tormento á la infeliz *Beatrice*. Envuelta la desventurada víctima en una túnica blanca, que dejaba descubiertos sus brazos de marfil, el verdugo le ató los puños con una cuerda, que colgaba de una garrucha clavada en el techo, y cuyo cabo, que tenía en sus manos, tirado con violencia, levantó del suelo el cuerpo delicado de la víctima. Aflojada luego, y detenida de pronto la cuerda, sufrió *Beatrice* un fuerte sacudimiento y quedó en el aire sofocada de su propio peso. Entre los dolores muy atroces y su congoja, sin desmentir su firmeza y medio desmayada, decía con voz lastimera: «¡Oh, Virgen Santa! ¡no me abandoneis en tan duro trance, vos que conocéis el candor y la inocencia de mi alma!» Ulises Moscati, no pudiendo resistir más á un espectáculo tan triste, mandó, vertiendo lágrimas, que se soltase á la víctima y que se la prestasen todos los remedios que pudieran aliviar sus quebrantos en tanta aflicción.

Llegada á los oídos del pontífice la noticia de lo acaecido, relevó á Moscati de su cargo, y confió el proceso de los Cenci á César Lucini, hombre de mucho rigor, y cuyo corazón estaba cerrado á todos los afectos compasivos. El nuevo juez se trasladó á la cárcel de *Beatrice*, y mandándola comparecer ante su tribunal, la hizo entrar en un gabinete colgado todo de negro, y cuyas paredes reflejaban una luz opaca y moribunda. César Lucini, sentado en medio del aposento, se apoyaba en una mesa, teniendo en frente la imagen del Crucificado, á la derecha los Santos Evangelios, y á la izquierda una calavera con las sienes huecas y ensangrentadas. La doncella infeliz, pálida y desfigurada por los horrores de la cárcel y los tormentos, quedó sobrecogida de espanto á la vista de aquellos objetos. Pero César Lucini la dijo con acento roneo y fiero: «Acercaos, parricida, y confesad vuestro crimen si queréis que os perdone el Crucificado: mirad esta cabeza, mirad sus sienes huecas y ensangrentadas, y acordaos que fueron traspasadas con un clavo homicida por vuestro mandato.» *Beatrice* entretanto protesta ser inocente, y cae desfallecida en los brazos de los ministros de justicia, que la habían sacado de su calabozo para llevarla al gabinete de Lucini; el cual, viéndola privada de sentido, esperó friamente que volviera en sí, y siguió di-

ciéndola: «No creais que vuestra juventud, que vuestros encantos, que los halagos de vuestro sexo me conmuevan y enternescan; confesad vuestro crimen, si no dormireis en un lecho mas blando que el de *Procuste*, que os he mandado preparar.» Era este el tormento mas atroz que habia inventado la crueldad humana en los tiempos de barbarie. El cuerpo del paciente, cubierto de una túnica muy sutil, se tendia de espaldas sobre una larga tabla sembrada de guijarros puntiagudos en donde se le ataba, y despues, por medio de una sogá, que pendia de una gran garrucha, se le columpiaba con gran violencia; así que, por la fuerza que comunicaba á la sogá el desapiadado balanceo, los guijarros laceraban las carnes del torturado. *Beatrice* arrostró con denuedo este nuevo género de tormento, y con los ojos empapados en lágrimas, entre lamentos y sollozos, protestaba cada vez mas su inocencia. Pero Lucini, inspirado por su demonio, viendo á *Beatrice* casi exánime, y conjeturando que en su debilidad cualquiera nueva y fuerte impresion la arrancaria de la boca las palabras que él deseaba, mandó suspender el cruel tormento, y ordenó que entráran de repente en el oscuro calabozo Jacobo, Bernardo y Lucrecia, á quienes habia dado á entender que evitarian la última pena si *Beatrice* no persistia en su negativa. Aquellos desventurados, impelidos por una esperanza falaz, se hincaron de rodillas delante de la niña infeliz, asegurándola que el áncora de su salvacion se apoyaba en que ella afirmase lo que Lucini queria. Entonces *Beatrice*, vencida por el dolor y la piedad, se inclinó á los deseos de su verdugo; pero al cabo de pocos dias cayó el terrible fallo de muerte sobre la cabeza de los acusados (1). Clemente VIII. solicitado por una gran parte de la aristocracia romana á indultar á *Beatrice*, se manifestó en un principio propenso á conceder la gracia; pero habiendo mediado otro parricidio despues de la condena de la familia Cenci, se negó, diciendo que no queria bajo ningun concepto conceder una gracia tan escandalosa y perjudicial por sus consecuencias. Se limitó, pues, á trocar la última pena en prision perpétua á Bernardo, porque era todavia menor de edad. Las demás víctimas fueron llevadas al patíbulo, despues de haber recibido con caridad todos los consuelos que nuestra religion santísima prodiga á los desventurados.

Jacobo subió al cadalso tembloroso, y fué legollado con el filo cortador de un acero, para que fuese su muerte mas dolorosa y cruel; Lucrecia se abandonó desvanecida al hacha homicida; pero *Beatrice* avanzó impávida y serena al suplicio que la aguardaba. El verdugo queria arreglarla el velo blanco que la ceñia la cabeza y la cubria los hombros: *Beatrice* le miró desdeñosa y le dijo: «Aléjate de mí, que no tuve nunca hombres semejantes que me sirvieran;» y sin pronunciar mas palabras levantó los ojos al cielo como á su

(1) Su abogado defensor fué el célebre Farináceo, uno de los criminalistas mas célebres de su tiempo: el papa quiso presenciar la defensa, y habiendo notado que Farináceo se esforzaba en conmover el ánimo de los jueces en favor de *Beatrice* le dijo: «Señor abogado, no sé como puede defenderse con tanto calor un parricidio.» Farináceo contestó: «Santo padre, no defiende á una parricida, sino á una inocente con abierta injusticia acusada, y esto pretendo probar.» La arenga de Farináceo, pronunciada en lengua latina, segun la costumbre del tiempo, fué docta y elocuente, y es de suponer que este criminalista, cuya obra muy voluminosa sobre la tortura ha pasado á la posteridad como un monumento, es de suponer, digo, que en su arenga no dejaria de manifestar fuerza de raciocinio y doctrina.

última morada, y se ofreció en holocausto al Creador de todas las cosas. La sangre, que brotó de su tronco, manchó el blanco velo, y aquellos dos colores tan diversos dieron á conocer á los espectadores, sumidos en una afliccion profunda, que la víctima martirizada habia llevado consigo al sepulcro un corazon puro y el candor de su virginidad.

El viajero, que atraviesa la antigua metrópoli del orbe, mira aun con tristeza en la galería Barberini y tambien en la de los Colonna, el retrato de *Beatrice Cenci*, hecho por el famoso Guido Reni. Aquella imagen, animada por el pincel divino del artista, inspira pureza de afectos y ternura en los corazones sensibles, y parece decir en mudo lenguaje al viajero: «¿Podia cobijarse bajo formas tan angelicales la idea terrible del parricidio? ¡¡Fué desventurada, y no criminal!... ¡¡Derrama una lágrima de dolor sobre mi tumba, pero deplora aun mas, oh viajero, la injusticia de los hombres!!» (1).

SALVADOR COSTANZO.

UN PRIMO COMO YA NO SE ENCUENTRAN.

(Conclusion.)

VII.

La comida fué de las mas alegres, gracias sobre todo al irresistible buen humor de Leoncio. Hizo los honores de una manera verdaderamente real.

Alberto mismo no pudo menos de admirarle. Cuando llegaron los postres se decia:

—Es otro Lúculo, parece creado espresamente para arrojar el dinero por la ventana, y si me fuera posible multiplicar eternamente sus rentas, lo haria con placer, aunque no fuese mas que por verlo gastar así.

Digamos, sin embargo, que nuestro sóbrio naturalista se habia visto obligado á vaciar su vaso con mas frecuencia que tenia de costumbre, y en esta aventurada obligacion entraba un poco de Champagne.

Sobreescitado por el anfitrión, el notario se permitió tambien algunas desusadas libaciones, pero sin perder nada de la gravedad de su cargo.

Pasaron al terrado á tomar el café, cuando el ruido de un carruaje anunció la vuelta de Margarita.

Su padrino se apresuró á irse á reunir con ella en el saloncito por cuya ventana habia entrado Leoncio.

Apenas habian cambiado algunas palabras, cuando el mismo Leoncio se presentó.

—Vamos, seremos tres, dijo riéndose de su misterioso embarazo. Me parece que deben vds. comprender mi impa-

(1) El señor don Antonio Cánovas del Castillo, ilustre y erudito escritor y con cuya amistad nos honramos, hablando un día de *Beatrice Cenci*, me dijo: que habia leído en Roma, siendo representante de la embajada española, el proceso original de aquella famosa causa, y que habiéndolo recorrido con mucha detencion, no dudó que *Beatrice* habia sido cómplice del gran parricidio. Estas palabras de un hombre como el señor Cánovas tienen mucho peso; pero yo he juzgado mas conveniente en esta leyenda presentar á *Beatrice* como inocente, tanto para dar un colorido mas patético y compasivo á la narracion de los hechos, como porque algunos escritores contemporáneos abogan en abono de *Beatrice*, declarándola inocente.

ciencia. Vamos, señorita, vamos, acuérdesse vd. de su promesa de completa franqueza...¿Cómo ha encontrado vd. á la señorita de Albi?

—Mas encantadora que nunca, respondió Margarita, y mostrándome cada vez mas amabilidades.

—Muy bien, esto no debe sorprendernos; pero de mi proposición ¿qué le ha dicho á vd., qué piensa?

La joven vacilaba.

—Hable vd...hable vd... se lo suplico.

—Señor conde, aunque Enriqueta es una viuda de diez y nueve años, aunque la flor de la juventud brilla todavía en ella, su razón se ha desarrollado prematuramente por la experiencia de la vida.

—Vaya un exordio que no me promete buen agüero. ¿Rehusa? ¿No me ama?

—Yo no digo eso, y aun creeria...nosotras las mujeres,

tenemos el instinto de adivinar estas cosas, creo que está usted muy lejos de disgustarla, pero...

—Concluya vd.

—Ha sido desgraciada, muy desgraciada con su primer marido, que tenía precisamente las mismas cualidades que usted, menos brillantes sin duda, pero no muy compatibles con el matrimonio. Las propias palabras de Enriqueta son estas: «que el conde de Auverbe renuncie á su vida de ociosidad y de placeres...que se haga un hombre sério, un hombre útil...que me dé esta prueba de amor y entonces veremos...Yo aguardaré.»

—¿Y nada mas? preguntó Leoncio arqueando las cejas.

—Nada mas, respondió Margarita.

Alberto la hizo una seña que ella sola podía comprender, y la preguntó á su vez:

—¿Y en cuanto á la fortuna?



Leoncio en Africa.

—Enriqueta me ha interrumpido desde las primeras palabras respecto á eso, diciendo que es bastante una para los dos.

—¡Magnífico! exclamó Alberto. Pues bien, primo, me parece que no es tan mala respuesta.

—¿Te parece á tí, así? replicó Leoncio con ironía; no me asombra esto de ninguna manera porque tu opinión se encuentra de acuerdo con la de la señorita de Albi. ¡moral, siempre moral!

Y retorciéndose el bigote se puso á andar por el salón á grandes pasos.

Alberto aceptó francamente la discusión en este terreno y quiso hacerle oír á su vez el lenguaje de la razón.

—Basta, interrumpió Leoncio con un principio de cólera, solo un hombre tenía el derecho de reprenderme así...mi pobre padre, y éste al menos me amaba, pero un primo,

una mujer altiva...No, cien veces no, no cederé. Pretende imponerme condiciones y someterme á pruebas, como en otro tiempo á los caballeros andantes...Eso no es de nuestra época, ni la paciencia es la virtud dominante en mí. Olvidaré pues, á la señorita de Albi, si es posible, porque realmente la amo, sí realmente, y por esto mismo no tengo ánimo de aguardar. No hablemos mas. Yo era un loco...¡yo arreglaréme, casarme! Vamos, vuelvo á tomar con alegría mi vida libre, mi loca juventud; y para comenzar á probar á la señorita de Albi el poco caso que hago de sus juiciosos consejos, voy á llevar aquí una vida infernal, despues de la cual haré otra expedición al gran mundo, entregándome á los placeres de él, porque el placer como la embriaguez, hace olvidar todo, y esto me será conveniente, pues ese sentimiento se me iba entrando profundamente en el corazón.

Dos lágrimas, vivamente contenidas, rodaron por las me-

jillas de Leoncio, y para enjugarlas y ocultar su turbación fué á sentarse delante de la mesa del despacho con la cabeza oculta entre sus dos manos. Animado por una mirada de la jóven, Alberto se acercó á Leoncio, que quiso intentar un último esfuerzo. Pero levantando este último la cabeza

—No son consuelos ni consejos lo que te pido, exclamó, dinero es lo que necesito, mucho dinero.

—¿Todavía? pues no me queda mas...Imposible.

—¿Imposible?

—Piensa en lo que has gastado en un año, déjame al menos hablar de números. Escúchame, quiero que me escuches, es mi deber darte cuenta sobre todo.

—¡Vaya, pues que te obstinas...vaya!

Y Leoncio con una irritación creciente jugaba febrilmente con el cartapacio, hacia saltar la cubierta é iba tal vez á descubrir la carta oculta allí.

Margarita y Alberto estaban como sobre ascuas.

Comenzó éste la enumeración de las diversas cantidades esperando que el disipador se asustase con la suma. Pero no obtuvo sino esta altiva pregunta:

—Y bien ¿no soy dueño de arruinarme, no es mi gusto, tienes tú el derecho de obligarme á hacer economías á pesar mio...? Haces mal mayordomo. ¡Toma! ni aun me das mis cartas.

Acababa de ver la que contenía la revelación de la verdad; había leído su nombre en el sobre é iba á romper el sello.

Alberto se precipitó sobre la carta, arrancándosela de las manos.

—No, le dijo con una voz aterrada, jadeante de emoción, no... no quiero.

—¡Pues yo quiero, ya es demasiado! exclamó Leoncio dando un paso para recoger su carta.



Leoncio visitando á Duresnel

Margarita se apoderó vivamente de ella y se la metió en el pecho. Despues, toda ruborizada, y con voz dulcemente resuelta

—No debe vd. leerla ahora, señor conde, le dijo.

Con esa esquisita política que jamás abandona ni aun en los momentos de cólera á ciertos hombres, Leoncio se inclinó delante de la jóven.

—Sea, señorita, debo respetar y respeto la prohibición de usted, pero pues que todo el mundo aquí se pone contra mí, pues que mi señor primo parece ocultarme un secreto y negarme dinero, voy á dirigirme directamente á mi notario.

Y se encaminó hácia la puerta. Pero Alberto, interponiéndose, le dijo:

—No irás...te lo ruego...te lo suplico...en nombre de nuestra amistad... en nombre de tu padre.

Leoncio era de unas fuerzas poco comunes; cogió á su

primo por la cintura, lo levantó del suelo como si hubiera sido un niño, y echándole á un lado, prosiguió su camino.

—¡Caballero! exclamó Margarita, señor conde, mas vale que sea por esta carta el que sepa vd. todo: léala vd.

Y corriendo á su encuentro, se la presentó. Mas y mas asombrado Leoncio, rompió el sobre. Margarita y Alberto, con ansiedad y la boca abierta, guardaban un profundo silencio.

Leoncio recorrió la carta, que pronto tembló en sus manos, despues como no comprendiéndola todavía, la leyó segunda vez, hasta que, pálido y desconsolado, exclamó:

—Mi padre ¡oh! esto es horrendo...¡Nada de lo que era suyo me pertenece...ni su herencia; ni aun su nombre! Pero ¿estoy soñando ó es la realidad?

—Es la realidad, respondió el notario, que hacia algunos instantes habia entrado en la habitación.

AÑO XXII. 14.

Leoncio, aterrado, vaciló y se dejó caer sobre un sillón como herido de un golpe mortal.

VIII.

Alberto y Margarita se precipitaron hacia Leoncio, prodigándole toda clase de cuidados y consuelos con afectuosas palabras. El notario mismo, que figuraba en aquel grupo, parecía no menos conmovido.

Abrió de nuevo los ojos Leoncio, miró lentamente en derredor suyo, y se pasó la mano por la frente como el que sale de un sueño. Después, como acordándose y tomando una repentina resolución, se levantó tranquilo, sereno, casi risueño, é hizo sonar una campanilla que se hallaba cerca de él. Un criado se presentó inmediatamente.

—Haz ensillar mi caballo, le dijo, y tráemele al jardín sin advertir á nadie de mi marcha.

—¿Cómo! ¿Queréis abandonarnos? dijo Alberto.

Leoncio le cogió las manos, le atrajo sobre su pecho, y abrazándole con grandísima efusión

—¡Noble corazón, le dijo, por tu abnegación y por tus generosas mentiras, mil gracias! No lo olvidaré jamás y haré por pagarte un día.

Pero permite esta reconvencción: hubiera valido mas que me hubieses dicho la verdad, la verdad entera, desde el día siguiente de la muerte de mi padre. Has hecho mal en dudar de mi valor, has olvidado que soy un Auveribe, que si este no es mi nombre es mi sangre, y un Auveribe no acepta lo que no se halla en estado de devolver. Abstenete, pues, de ofrecerme ningún nuevo sacrificio, me ofenderia. En cuanto á lo pasado, me reconozco deudor de todas las sumas que he recibido hace un año, y mi vida entera se consagrará al pago de esta deuda en rescate de mi honor. No me despidas... hasta la vista, amigo mio... hermano mio, hasta la vista.

—¿Pero á dónde vas á ir, qué intentas hacer?

—No lo sé... reflexionaré, veré; pero por la santa memoria de mi padre, mi rehabilitación será digna de él. No me detengas; no pases cuidado alguno por mi conducta, no me mataré; no tengo derecho de morir, ni tiempo de desesperarme. Es preciso que trabaje, que luche, que llegue á conquistar otra fortuna. Sí... me siento un nuevo hombre y con impaciencia de comenzar esta nueva vida. ¡Adios, Alberto! y usted, Margarita, haga de modo que sea feliz, porque es el mas noble corazón de cuantos hay bajo la capa del cielo.

Los dos le suplicaron que aguardase hasta el día siguiente y se interpusieron para impedirle la salida de la puerta.

Leoncio se lanzó hacia el balcón, y desapareció como había llegado, por la ventana. Su caballo se hallaba en el jardín; saltó á la silla y partió al galope.

IX.

Tres años han pasado, y una hermosa mañana del mes de abril, un joven de una belleza varonil, que por la insignia de la Legion de Honor que se veía en el ojal de su frac denotaba ser militar, se detenía delante de una rica casa del arrio de San German.

Al dejar caer el martillo de hierro bruñido sobre la alta puerta de encina, veíase en el rostro de aquel visitador ma-

tinal pintada la emoción de un penoso recuerdo y en sus enternecidos ojos casi una lágrima. Preguntó al criado que salió á su encuentro, si el señor Alberto Duresnel se hallaba visible, y por su respuesta afirmativa le entregó una tarjeta, en la que se leía:

El comandante Leoncio de Auveribe,

Espliquemos como en tan poco tiempo. Leoncio había podido llegar á ser comandante. Al llegar á París espermentó la frialdad de los amigos de la vispera, que se convirtieron en enemigos del día siguiente en cuanto le vieron arruinado. Uno solo le ofreció sus servicios, Alberto, y de éste, Leoncio no quería aceptar nada.

Después de algunos meses de vanas tentativas y fallidas operaciones, el destino le ofreció una de esas ocasiones que proporciona á los hombres de corazón. Esta ocasión fué la revolución de febrero. Leoncio se alistó de guardia movilizad; y como los grados se daban allí al mas elocuente, al mas simpático, ó al que parecia mas valiente, fué elegido capitán. Al cabo de algunas semanas, su compañía era de las mas disciplinadas y de las mas aguerridas.

Llegaron las jornadas de junio. En esta lucha ¡ay! tan sangrienta, el joven se distinguió no menos por su generosidad que por su valor, y gravemente herido en una barricada conquistada al precio de sangre, obtuvo la cruz.

Un poco mas tarde, curada apenas su herida, fué de los que pasaron al ejército con un grado. Desde entonces habia guerreado sin cesar en Africa y con los zuavos... con lo que está dicho todo.

Es fácil figurarse la alegría de Alberto al volverlo á ver jefe de batallón y oficial de la Legion de Honor; aunque con una larga cicatriz al través de la frente.

—¡Ah! dijo Leoncio, respondiendo á su primo, que parecia compadecerse por aquella gloriosa cicatriz; ¡ah! los kabilas no pegan blando, y esta vez me ví próximo á quedar en el sitio; pero tengo el alma sólidamente pegada al cuerpo y Dios parece permitir que llegue á donde quiero llegar..... á mi objeto.

—¡Pobre Leoncio!

—¿Me tendrías lástima? ¡ah! mi buen amigo! Si en lugar de la ociosa y muelle existencia de mentidos goces y estúpidos placeres, que agarratan á los hombres, como al aventurero Gulliver las ataduras de los lilliputienses, me hubiera dedicado á una carrera, como lo he hecho después, otra seria mi posición, de seguro; pero ahora hay que tardar, á menos que no vuelva alguna de esas épocas gloriosas, en que los títulos se ponen en el campo de batalla.

—¡Eh! tú serás general. ¿Y ahora no quieres nada?

—Si tal, una sola cosa.

—¿Cuál?

—Repetirte que te debo trescientos mil francos, y que por desgracia hasta hoy...

—No pienses en ese dinero... No me hables de ello. Tengo bastante... mucho, mucho.

En esta última afirmación habia tanta sinceridad como tristeza.

Miró mas atentamente Leoncio á su primo y quedó estupefacto al ver el cambio que en él se habia verificado. Ya no era aquel sábio joven de serena y límpida mirada, risueño, tranquilo y satisfecho, y al que tenia envidia porque parecia resumir en su persona toda la felicidad ideal que habia sonado. Pálido, aburrido, lleno de malestar, en medio de